

CONFERENCIA “LA ACADEMIA CERVÁNTICA DE VITORIA. ATENAS DEL NORTE”

Conferencia enmarcada en la *XII Jornadas de Cultura Europea. Una Europa de genios. Cervantes y Shakespeare en su IV centenario*, organizadas por Raíces de Europa.

Sala Luis de Ajuria (Vitoria), 29 de noviembre de 2016.

Agradecimientos a la organización y saludos a los asistentes.

El objetivo de esta conferencia es dar a conocer una asociación poco conocida en Vitoria, de breve pero intensa vida, encuadrada en un contexto de auge del asociacionismo cultural que daría fama a la propia ciudad... la Atenas del Norte.

Por ello, dividiré mi explicación en dos grandes bloques... En primer lugar, veremos el contexto político, social, económico y cultural de la Vitoria del último cuarto del siglo XIX. En segundo lugar, nos acercaremos a la Academia Cervántica de Vitoria con el fin de conocer los principales aspectos de esta asociación que, desde este estrado, animo a devolverla a la vida.

1. EL CONTEXTO. LA VITORIA DECIMONÓNICA

A la hora de acercarnos a la Vitoria de los años 70 y 80 del siglo XIX, disponemos de diversas fuentes. En primer lugar, la prensa de la época como, por ejemplo, “El Anunciador Vitoriano”, “El Ateneo”, “El Gorbea”, “La Libertad”, “La Concordia”, “El Alavés”, “El Danzarín”, etc.. En segundo lugar, las publicaciones de diversos cronistas como, por ejemplo, Ricardo Becerro de Bengoa, Julián de Apraiz, José Colá y Goiti, Eulogio Serdán y Aguirregavidia o Ladislao de Velasco y Fernández de la Cuesta, entre otros.

A través de estas fuentes, actualmente disponibles on-line en todo momento y lugar, podemos dibujar la Vitoria decimonónica. Una Vitoria que, con el lema “Vitoria ante todo”, había comenzado a transformarse a partir de los años 60. A lo largo de las dos siguientes décadas hubo un impulso en el desarrollo y engrandecimiento de la ciudad.

Como ejemplos, podemos destacar obras de saneamiento y arreglo de calles, la ampliación de los jardines de la Florida (1855), la construcción de la cárcel celular (1859) y del Laboratorio Químico municipal (1860), la instalación del alumbrado de gas (1864), la inauguración oficial del servicio ferroviario Madrid-Irún (1865) y el proyecto del Ensanche (1865).

De este modo se fue configurando una ciudad renovada con un casco medieval ocupado por las clases populares y la zona del Ensanche ocupado por las clases más acomodadas. En esta nueva parte de la ciudad se crearon espacios sociales como clubes, salones, círculos recreativos, entidades de servicios, cafés, etc. En contraste con las

amplias y limpias calles y las casas iluminadas del Ensanche, la parte vieja de la ciudad presentaba un aspecto opuesto: calles estrechas y poco limpias, viviendas carentes de servicios básicos, etc. (Véase: “El rincón amado” [Herminio Madinaveitia] o “El futuro Vitoria” [José Colá y Goiti]).

Se produjo una “rutinización del carisma”, es decir, el marcaje, a través de símbolos, de los límites sociales haciendo que las clases populares interiorizaran su situación de subordinación. Surgen espacios sociales exclusivos (salones, clubes, círculos recreativos, complejos residenciales...). Asimismo, hubo un cambio de centralidad pasándose de una ocupación política y religiosa (localizada en la parte vieja medieval) a otra de tipo económico y administrativo (en el Ensanche). Los edificios administrativos (Gobierno Civil y Militar), económicos (bancos y oficinas) y sociales (casinos, sociedades, hoteles...) modernos provocaron un efecto “invasión-secesión” por el que las clases populares, ante los altos precios del suelo, quedaron “encerradas” en el casco medieval mientras la burguesía se desplazó hacia el Ensanche.

Vitoria era básicamente una ciudad con escaso desarrollo industrial. Desde los años 60, la industria maderera y sus derivados era la principal actividad industrial, seguida de la industria del hierro, los curtidos, los naipes y la confitería. Un aspecto interesante es acercarnos a los anuncios publicitarios de la época. Tenemos un ejemplar de “La Libertad” (22 de enero de 1891) y otro de “El Anunciador Vitoriano” (23 de agosto de 1879). Básicamente no había una burguesía industrial como el caso vizcaíno, sino una burguesía heterogénea con toda una amalgama de capitales e intereses procedentes de pequeños negocios industriales, la industria inmobiliaria, el comercio y las profesiones liberales. Y a todo ello hay que sumar el sector primario al que se dedicaba una parte importante de la población.

Sin duda, un aspecto importante a reseñar es el peso de lo civil y militar en la vida de la ciudad. Vitoria era desde 1862 sede del obispado y hasta 1893 fue la capital del sexto Cuerpo del Ejército. Ello se tradujo en una importante población flotante, sobre todo militar. Por ejemplo, en 1860, había unos 1.500 militares en una ciudad que apenas superaba los 18.000 habitantes. Las razones eran varias: el carácter estratégico de Vitoria, la cercanía a Francia, las guerras anteriores (Guerras de Independencia y carlista) y la disposición de las autoridades municipales y provinciales a construir infraestructuras militares. Tras ello, no sólo se buscaba “prestigio” o seguridad, sino que una población militar flotante aportaba ingresos a la agricultura, el comercio y la artesanía de la ciudad y de la provincia.

Se conformó, por tanto, un paisaje de iglesias, conventos, cuarteles, factorías, etc. Como ejemplo, basta ojear la “Guía de Vitoria” de José Colá (1901). En definitiva, una ciudad de curas y militares pero también de sirvientes. En este último caso, principalmente mujeres. En 1887, un informe municipal señalaba que más de 1.200 personas (en una población de 25.000 habitantes) se dedicaba a este sector (un 55% era alavesas).

En definitiva, tras la Tercera Guerra Carlista, Vitoria afianzó su carácter de ciudad administrativa y terciaria. Las economías vitoriana y alavesa establecieron una dependencia mutua cada vez más estrecha de forma que la provincia era la principal abastecedora de materias primas y la compradora de manufacturas en tanto que la capital, dotada de centros económicos y administrativos, se transformó en mercado y centro financiero al que los campesinos acudían a comprar, vender y hacer gestiones.

2. EL DESARROLLO CULTURAL DE LA ATENAS

DEL NORTE

Junto a la modernización de la ciudad, se produjo un desarrollo notable de la cultura. Nos encontramos con una notable vanguardia de intelectuales que alcanzó la plenitud de sus obras y con una serie de asociaciones culturales dinámicas que hicieron a Vitoria ganarse el apelativo de la “Atenas del Norte” o la “Atenas vasca”.

Durante aquellos años de efervescencia cultural surgieron asociaciones como el “Ateneo Científico, Literario y Artístico”, la “Joven Exploradora” o “Academia Alavesa de Ciencias de la Observación”, la “Tertulia del 73” y, por supuesto, la “Academia Cervántica Española”. En ellas se integró una brillante generación intelectual que participaba en las juntas directivas, en la realización de actividades (conferencias, debates...) y en la publicación de artículos tanto en los órganos escritos de dichas asociaciones (“El Ateneo” o “Revista de las Provincias Euskaras”) como en la prensa.

Junto a este asociacionismo científico y literario, existían otras asociaciones de carácter más lúdico donde la inquietud intelectual de sus miembros llevó a colaborar con estas asociaciones científicas y literarias, especialmente el Ateneo, a través de la asistencia a sus sesiones o de la colaboración económica. Como ejemplos, cabe citar el “Gabinete de Lectura”, “El Liceo”, “La Minerva” o el “Círculo Vitoriano”.

Asimismo, hubo un desarrollo en el ámbito educativo. Estadísticamente, Álava ocupó uno de los primeros puestos en materia de alfabetización. Hubo una amplia variedad de instituciones educativas como la Academia de Bellas Artes, el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, la Escuela Normal de Maestros y Maestras, el

Seminario de Aguirre y, especialmente, la Universidad Libre de Vitoria. A ello había que sumar las escuelas de carácter privado.

Con la Tercera Guerra Carlista se produjo la crisis de la Atenas del Norte. La guerra no fue en sí la única causa. Otros factores fueron la decadencia de la inquietud intelectual de la juventud –más preocupada en asuntos políticos y militares-, un consistorio bajo la influencia de los militares y la marcha de intelectuales destacados fuera de Vitoria por motivos profesionales (Fermín Herrán a Bilbao, Ricardo Becerro de Bengoa a Palencia como catedrático de Física y Química, etc.). Tampoco podemos descartar un factor económico como, por ejemplo, la falta de recursos para continuar con el funcionamiento de esas asociaciones.

Tras acabar la guerra carlista, Vitoria se había convertido en una ciudad provinciana, cohesionada, con una clase media que ejercía una indefinida pero real hegemonía. En definitiva, una ciudad “encerrada en sí misma” y “estática” cuya imagen se prolongaría hasta los años 60 del siglo XX.

3. LA ACADEMIA CERVÁNTICA ESPAÑOLA

A la hora de acercarnos a la historia de esta asociación nos encontramos con el problema de una carencia de documentación generada por la asociación. Por ello, nuestra principal fuente es la prensa y revistas de la época a lo que hay que sumar algo de documentación conservada en el Archivo Municipal de Vitoria (estatutos), el Archivo Histórico Provincial. Esta situación es similar al caso de muchas asociaciones vitorianas de la época. Las causas serían varias: problemas económicos que provocarían

la desaparición de la asociación, la destrucción o extravío de documentos internos de la asociación (libros de actas), etc. Por tanto, nuestra esperanza radica en documentación que pudiera aparecer en archivos privados.

Al igual que otras asociaciones vitorianas de la época, la Academia Cervántica fue creada por y para unas clases acomodadas e ilustradas y, por tanto, era muy impermeable a las clases sociales más bajas. Por su parte, éstas preferirían otros ámbitos de sociabilidad como las tabernas, los bailes populares, las corridas taurinas, etc.

Las dos figuras más destacadas de la Academia Cervántica fueron Fermín Herrán y Julián de Apraiz quienes compartían, además, unos lazos de amistad personal y de militancia política (Partido Republicano Histórico de Vitoria).

El inspirador de la Academia Cervántica fue Fermín Herrán quién, en 1868, se había ido a Valladolid a estudiar Derecho. Allí, desde enero de 1872, colaboraba con el semanario cultural “El Museo” como miembro de su redacción. Durante marzo y abril del 1872, el semanario tributó su homenaje a Cervantes surgiendo la idea de constituir un ateneo literario en la casa donde residió Cervantes entre 1604 y 1606. Dicho edificio, identificado con precisión en 1862, es actualmente un museo dedicado a su figura.

Así surgió el proyecto de un centro cultural llamado “La Casa de Cervantes en Valladolid”. Se abrieron suscripciones y se constituyó una junta encargada de redactar un reglamento. En dicha junta figuraba el propio Herrán. La asociación se inauguró el 2 de junio de 1872 con el objetivo de “rescatar la figura y obra de Cervantes como abanderado de una necesaria regeneración literaria ante el estado de corrupción en que se encontraba la literatura”.

La inestabilidad política de la época y la falta de recursos económicos pusieron fin a aquel proyecto que se redujo, finalmente, a la celebración de unas pocas sesiones.

Sin embargo, el culto a Cervantes se trasladó a Vitoria de la mano de Fermín Herrán. En su diario personal anotó, por ejemplo, la publicación de su artículo “Cervantes y el Quijote” en la revista del Ateneo de Valencia (19-12-1872) y la realización de una improvisación en la sesión del Ateneo donde tuvo lugar la inauguración de una estatua de Cervantes (22-1-1873).

El 26 de enero de 1873, tras varias reuniones previas, se fundó la Academia Cervántica Española en Vitoria aprobándose, por unanimidad, un proyecto de estatutos presentado por Fermín Herrán que, tras varias correcciones, quedó definitivamente aprobado el 15 de mayo de 1874.

El 31 de enero de 1873, Fermín Herrán anotó en su diario la constitución de la primera junta directiva: Julián Apraiz (director), Fermín Herrán (secretario), su primo Juan José Herrán, Ángel Álvarez y Sebastián Abreu (censores), su sobrino Joaquín Herrán (tesorero) y Federico Baraibar (bibliotecario).

Los dos meses siguientes fueron de los más felices para Fermín Herrán ya que su proyecto cervantino era toda una realidad y la República había llegado a España.

El 1 de marzo de 1873, con motivo de la constitución definitiva de la Academia, se celebró una velada en la que Julián Apraiz intervino con un discurso de inauguración y recepción y Fermín Herrán con otro de contestación y recepción.

En su discurso, Herrán analizó la historia de la asociación cuya fundación había provocado dudas y desconfianza en mucha gente. No obstante, a pesar de los problemas políticos y de la falta de apoyos, la asociación llegó a buen puerto gracias al esfuerzo de sus académicos.

La primera conmemoración celebrada por la Academia fue el 257º de la muerte de Cervantes (23 de abril de 1873). El evento fue en el salón del Ateneo donde se colocaron paños encarnados y una mesa sobre la que estaba un busto de Cervantes,

coronado con laurel, y varias ediciones del Quijote. Ante un salón lleno de gente, los académicos hicieron su entrada vestidos de riguroso luto ocupando las butacas en función de su grado. Hubo diversos discursos, recitaciones poéticas, improvisaciones literarias. En conclusión, el balance de la primera velada, según sus académicos, fue muy positiva pese a estar en vigor una guerra civil.

La consolidación de un sueño. Cervantes se avecinda en Vitoria

A lo largo de los siguientes años, la Academia desplegó una actividad cada vez más intensa que recibió los elogios de la prensa. No obstante, dicha intensidad se mantuvo hasta la década de los ochenta a partir de la cual comenzó a contagiarse del espíritu de crisis que afectó a la cultura vitoriana.

Durante la guerra carlista, la Academia se convirtió, en opinión de sus miembros, en una isla de paz donde las diferencias políticas no tuvieron cabida y en una válvula de escape. La Academia continuó desarrollando su actividad si bien sólo disponemos de referencias sobre veladas conmemorativas cuyo esquema incluía, básicamente, la lectura de un discurso o elogio fúnebre dedicado a Miguel de Cervantes, la recitación de un capítulo del Quijote y la lectura en público de discursos y composiciones poéticas de los académicos.

La estructura organizativa de la Academia

Los estatutos de la Academia establecieron los fines de la asociación, la elección de nuevos socios, el funcionamiento interno y las funciones de su junta directiva.

Con el objetivo de ilustrar la historia literaria española, con especial atención a la figura de Cervantes, los académicos participaban en la asociación a través de sus trabajos literarios y su asistencia quincenal a las juntas.

La Academia constaba de cuatro tipos de académicos: “Académicos de Número y Mérito”, “Académicos de Mérito”, “Correspondientes Españoles y Extranjeros” y “Honorarios Españoles y Extranjeros”. El acceso a la asociación no era fácil ya que la permeabilidad social no existió a lo que se sumaban los propios estatutos que imponían a todos candidatos un aval previo de tres académicos de mérito y número.

La toma de posesión de los cargos se hacía en junta pública ordinaria. Ésta incluía la lectura de los estatutos y la votación secreta siendo elegido el candidato que consiguiese mayoría absoluta de votos. Éste, durante su recepción, debía leer un discurso sobre cualquier temática cervantina al que contestaba, en nombre de la Academia, un académico designado por el propio electo.

Cada académico tenía sus peculiaridades. Los “académicos de mérito y número” residían en la localidad donde estuviera la Academia y estaban obligados a contribuir con trabajos literarios y a asistir a las juntas. Los “académicos de mérito” eran cervantistas conocidos en España. Los “correspondientes” eran españoles o extranjeros aficionados a los estudios literarios y podían acudir a las sesiones académicas cuando se tratasen cuestiones literarias de las que opinar. Finalmente, los académicos “honorarios” eran literatos españoles o extranjeros de gran reputación literaria gracias a sus estudios cervánticos.

Al frente de la asociación se encontraba la junta directiva integrada por un director, un secretario, tres censores, un bibliotecario y un tesorero cuyos cargos eran incompatibles entre sí, su duración anual y su aceptación obligada.

Las funciones del director incluían la presidencia de la asociación, la vigilancia de las normas, estatutos y reglamentos, la toma de decisiones extraordinarias, la distribución de tareas y la concreción de las fechas de las convocatorias. Se trataba de un cargo elegido por los académicos de mérito y número que necesitaba mayoría absoluta para su elección o dos terceras partes de los votos para su reelección.

El secretario se encargaba de la correspondencia, la redacción y certificación de las actas, la extensión y firma de documentos y, finalmente, la elaboración de una pequeña memoria anual que sería leída en sesión pública.

Las funciones de los censores incluían la vigilancia del correcto cumplimiento de estatutos y acuerdos, el recordatorio a los académicos del ejercicio de las comisiones y tareas literarias encomendadas y la preparación de informes sobre cuestiones y escritos que el director o la propia Academia sometiera a su análisis.

El bibliotecario-archivero se hacía cargo de la conservación y reparación de libros y documentación de la asociación, la compra de obras bibliográficas y documentos y, finalmente, la realización de préstamos de libros a los académicos quienes estaban obligados a no copiar o compulsar cualquier manuscrito conservado en el archivo de la asociación.

Por último, el tesorero recaudaba todas las cantidades pertenecientes a la Academia y se encargaba de llevar al día las cuentas con el visto bueno de su director.

Por otro lado, el documento estatutario de 1874 incluye los nombres de los académicos (más de una treintena en total). Entre estos encontramos nombres muy conocidos. Hablar de todos y cada uno de ellos exigiría bastante tiempo. No obstante, podemos citar:

-Mariano Pardo Figuroa (conocido también como Dr. E. W. Thebussem): cervantista y gastrónomo gaditano e impulsor de la filatelia en España.

-Julián Apraiz: Catedrático. Profesor de Griego en la Universidad Libre de Vitoria, Profesor de Literatura en el Instituto San Isidro de Madrid, Director del Instituto de Enseñanza Media de Vitoria y Catedrático en el Instituto de 2ª Enseñanza de Bilbao. Activo publicista.

-Ladislao de Velasco: activo publicista y escritor en prensa. Impulsor y miembro de diversas entidades sociales, culturales y económicas de Vitoria (Círculo Vitoriano, Academia de Ciencias de la Observación, Banco de Vitoria, etc.), Senador (1872), Alcalde de Vitoria (1865 y 1877), etc.

-Fermín Herrán: Prolífico escritor. Doctor en Derecho aunque no ejerció como abogado. Presidente del Ateneo y de la Academia de Ciencias de la Observación e impulsor y miembro de la “Tertulia del 73”.

-Manuel Iradier: fundador de la sociedad “La Exploradora”, activo viajero por África de la que reseñó su clima, fauna, flora, geología y cultura de los pueblos africanos. Activo inventor (modelo de caja tipográfica, un contador automático de agua, un accesorio fotográfico y un fototaquímetro) y estudioso de la astronomía. Activo publicista (libros y artículos de revistas).

-Mateo Benigno de Moraza: rector de la Universidad Libre de Vitoria y Diputado a Cortes. Protagoniza en julio de 1876, en las Cortes españolas, una apasionada defensa del sistema foral.

-Federico Baraibar: activo publicista (por ejemplo, arqueología, numismática, toponimia, etc.). Catedrático de latín y castellano. Traductor de obras clásicas. Presidente del Ateneo y de la Diputación de Álava y Alcalde de Vitoria

Nos encontramos con nombres pertenecientes a diferentes ideologías políticas (republicanos, conservadores, fusionistas y carlistas) que compartieron una inquietud

cultural y unos espacios sociales y asociativos comunes. Debe recalcar el carácter elitista de la asociación en la que participaron sectores sociales acomodados pertenecientes a la vieja nobleza y las clases medias (abogados, publicistas, catedráticos...) con cargos políticos municipales y provinciales. Pero también hay que destacar que esa inquietud intelectual apenas oculta la utilización de la cultura como elemento de diferenciación social en una ciudad tan clasista como Vitoria.

Entretanto, la situación política por la que atravesaba el país había cambiado. Alfonso XII había sido proclamado en diciembre de 1874, la guerra proseguía aunque con visos de acabar pronto y, sobre todo, se temía un ataque al foralismo desde Madrid.

A pesar de esa sensación, los académicos señalaron como la Academia continuó fiel a su espíritu conciliador en medio de las “eternas discordias, constantes odios, insaciables ambiciones y angustiosas rivalidades” y se mostró firme partidaria, según el secretario Federico Baraibar en su elogio fúnebre del 23 de abril de 1875, de la proliferación por toda España de academias y ateneos consagrados a Cervantes para la consecución de la regeneración social, política y literaria del país.

A lo largo de 1875, mientras fuerzas carlistas merodeaban por las cercanías de Vitoria, Fermín Herrán anotó en su diario como la Academia Cervántica continuó su vida celebrando sesiones, preparando las actividades para el siguiente aniversario y carteándose con los académicos.

La evolución de la Academia tras la guerra carlista

Tras acabar la guerra, se extendió por todo el estado español un sentimiento antiforal contra el que lucharon los liberales vascos. La sensación de incertidumbre, instaurada en el País Vasco, a principios de 1876, estuvo presente en la Academia. El

académico Ramón López de Vicuña reseñó la velada del 23 de abril de 1876 señalando que, a pesar de la ruina provocada por una guerra civil y de la preocupación por unas cuestiones de cuya solución dependería la dicha o la desgracia de Álava, un numeroso público escogido homenajeara nuevamente a Cervantes.

Con la supresión foral se abrió una nueva fase en la historia vasca y en la propia Academia Cervántica ya que la reivindicación foral, aliada con la literatura, pasó a ocupar un plano más importante.

Así, la sesión literaria del 23 de abril de 1878 fue muy especial. El número de asistentes al evento fue mayor al celebrarse en el Teatro lo que permitió que acudiese un considerable número de asistentes, se dispuso de orquesta de música para amenizar la velada y, además, Julián Apraiz presentó su discurso “Cervantes vascófilo” que, años después, se convirtió en libro constituyendo una defensa del fuerismo vasco a través de la literatura.

En cambio, para Apraiz resultaba chocante que una capital vasca como Vitoria fuera la que hubiera pensado en la fundación de una academia consagrada a Cervantes cuando había otras ciudades españolas con más población y recursos y cuando el mismo Cervantes jamás residió o viajó por las provincias vascas. Sin embargo siempre tuvo una buena opinión de los vascos a quienes incluyó en sus obras.

Esto constituye el punto de partida de su discurso “Cervantes vascófilo” cuya elección no fue baladí ya que, a pesar de haber pasado dos años de la abolición foral, el espíritu fuerista seguía muy vivo en la política vasca. Los republicanos alaveses, entre los que se encontraban Apraiz y Herrán, no solo fueron partidarios de la desaparición de la monarquía sino que sus reivindicaciones incluyeron la consecución de mayores cotas de descentralización y la reinstauración de las “libertades arrebatadas” en 1876.

Con este discurso, el propósito de Apraiz fue presentar un nuevo punto de vista sobre Cervantes que se caracterizó por el aprecio hacia los vascos con quienes compartió experiencias durante sus expediciones militares, su cautiverio y su vida civil. De este modo, quedaba demostrado su “vascofilismo” el cual estaba avalado por varios pasajes de sus obras en los que aparecían mencionados personajes vascos. Apraiz fue más lejos presentando a Cervantes como un defensor del euskera. Frente a autores como Francisco de Quevedo quienes despreciaron la lengua vasca, Cervantes defendió la idea de que todo artista debía cultivar su lengua vernácula. Así aparece señalado en el capítulo XVII de la 2ª parte del Quijote. Apraiz concluía de este modo su discurso demostrando el aprecio de Cervantes hacia lo vasco considerándolo un lazo tan válido como los accidentales de nacimiento o vecindad.

Siete años después del nacimiento de la Academia, el balance para sus miembros era positivo. Pese a ser una empresa erizada de dificultades, se había conseguido vencerlas gracias al entusiasmo de un grupo de vitorianos que habían creído en aquella idea. Según Julián Apraiz, la Academia Cervántica había demostrado, con sus méritos y su modestia, que no tenía nada que envidiar pese a ser una academia de provincias.

La austeridad en las celebraciones se mantuvo, a mi juicio, a lo largo de los años siguientes aunque no disponemos de información sobre la Academia entre 1881 y 1888. A falta de poder consultar los archivos privados que permitan aclarar las causas, debemos suponer que la Academia ya había comenzado a contagiarse de la crisis cultural provocante de la decadencia de la Atenas del Norte.

Por tanto, 1878 fue el mejor año de la Academia. Sin embargo, en adelante, las veladas ganarían en modestia. Las reuniones, a mi juicio, debieron ser cada vez más escasas ya que la prensa, durante gran parte de la década de los ochenta, no publicó referencias de reuniones. Las celebraciones fueron cada vez más simples y

prácticamente se redujeron a la lectura de un capítulo del Quijote y a la preparación de un discurso fúnebre y composiciones poéticas.

Cervantes vascófilo

Esto no quiere decir que los estudios sobre Cervantes decayesen si bien fueron más limitados en cantidad. La publicación de la obra de Julián Apraiz “Cervantes vascófilo o sea vindicación de Cervantes respecto a su supuesto antivizcainismo” (1881) junto a varios artículos relacionados fue, a mi juicio, la nota más destacada.

La obra encierra un sentimiento foral que Apraiz ya señala en su “Advertencia”. A su juicio, intelectuales cervantistas (Pellicer, Clemencín o Fernández Guerra) atribuían a Cervantes una aversión hacia todo lo vasco lo cual, en realidad, era falso. Para demostrarlo, Apraiz presenta toda una galería de vascos con quienes Cervantes compartió episodios de su vida civil y militar y que aparecen reflejados en sus escritos. De hecho, presenta a Cervantes como un defensor del euskera en obras como “El Quijote” (cap. XVII de la 2ª parte), las comedias “La gran sultana”, “La casa de los celos” y “El rufián dichoso”, el entremés “Los habladores”. También como un admirador de literatos vascos como Alonso de Ercilla, Antonio de Guevara o Juan de Jáuregui quienes aparecen citados en varias de sus obras.

Sin embargo, la prueba definitiva que presenta Apraiz para demostrar los errores del cervantismo centralista es la “Novela Ejemplar” titulada “La Señora Cornelia” cuyos protagonistas, los alaveses Antonio de Isunza y Juan de Gamboa, resultan claves en el final feliz de la obra.

Por tanto, a juicio de Apraiz, Cervantes tenía todos los méritos para ser llamado “vascófilo” merced a su afecto hacia los vascos a quienes les atribuyó cualidades

envidiables, trató respetuosamente colocándolos, en ocasiones, por encima de otras comarcas españolas y reconoció sus dotes literarias, virtudes y costumbres.

Las reediciones de 1895 y 1899 incluyeron nuevas aportaciones fruto de las investigaciones particulares que su autor desarrolló durante los años ochenta manteniendo el espíritu original de la primera edición. Las obras de Apraiz cumplían un propósito educativo pero también moral al presentar a Cervantes como un autor que poseía valores tan positivos como la honradez o la bondad, acordes con la mentalidad de las clases dirigentes vitorianas, y como un referente frente la corriente literaria de moda, el naturalismo, que se caracterizaba por la representación de valores tan opuestos como el asesinato y la revolución. En definitiva, Cervantes se convirtió en una referencia del ideal de orden social que tanto gustaba a las elites y que era compartido y defendido, desde el inicio de su fundación, por los miembros de la Academia.

Nuevo relevo

No hay una nueva referencia de actividad de la Academia hasta la celebración de la velada literaria el 23 de abril de 1888. Fue una velada solemne en la que también participaron el Ateneo y otros cuerpos literarios y artísticos vitorianos los cuales colaboraron en un programa que incorporó teatro, canto y zarzuela.

Pese ello, la actividad de la Academia era cada vez más menor y, de hecho, la sesión de 1888 fue la última en la que apareció citada como organizadora. A partir de 1889, el Ateneo tomó el relevo en la organización de las veladas cervantinas. Carmen Menéndez atribuye esto a la marcha de Fermín Herrán a Bilbao, definitiva en 1890. A ello hay que sumar la apatía cultural vitoriana y los compromisos profesionales de los

académicos lo cual finiquitó la asociación si bien desconocemos la fecha exacta de su desaparición.

Pese a ello, los homenajes a Cervantes continuaron a lo largo de los años noventa. Julián Apraiz se puso al frente y se encargó cada año de los discursos fúnebres en las veladas organizadas por el Ateneo las cuales conservaron una programación similar a la de la Academia en la que la parte musical y teatral fue cada vez más importante.

Desde 1898, la nota más destacada fue el cambio de fecha de las veladas. A raíz del conflicto con EEUU, el Ateneo decidió suspender la celebración de abril y trasladarla a octubre, manteniendo la misma programación. No obstante, las veladas fueron perdiendo en vistosidad a medida que era más evidente la decadencia del Ateneo.

El canto del cisne en el homenaje cervantino fue la celebración del tercer centenario del Quijote los días 7, 8 y 9 de mayo de 1905. Se comisionó a Julián Apraiz para la redacción de un programa de fiestas para el que se solicitó el apoyo material y moral de las corporaciones y particulares. La implicación de Vitoria fue máxima en todos los aspectos. El ayuntamiento proyectó conceder el nombre de Paseo de Cervantes a la Gran Vía que llevaba al Mineral; numerosos colegios se sumaron, con actividades propias, a los festejos; diversas sociedades (Ateneo, Círculo Vitoriano, Casino Artista Vitoriano) celebraron bailes y contribuyeron con premios al certamen literario y los acuartelamientos prestaron sus bandas musicales para amenizar los actos.

Sin embargo, los festejos de 1905 constituyeron un paréntesis. La Atenas del Norte ya había tocado a su fin y la crisis cultural continuó, durante los años siguientes, arrastrando las consecuencias de la crisis intelectual de finales del siglo XIX.

4. CONCLUSIONES

Pese a haber una información fragmentaria, es indudable la importancia que alcanzó la Academia Cervántica en la difusión y promoción de las obras de Miguel de Cervantes tras la cual se encontraron la energía y dinamismo de intelectuales como Julián de Apraiz y Fermín Herrán.

La Academia fue un foro donde sus miembros encontraron un ámbito común en el que demostrar su admiración por la figura de Miguel de Cervantes a la que ensalzaron atribuyéndola virtudes humanas e incluso divinas. Partidarios de la idea de la literatura como regeneradora de la sociedad, los académicos utilizaron la imagen de Cervantes como referencia para las jóvenes generaciones presentándola como el paradigma del hombre cristiano, honesto y cultivador de numerosas artes (filosofía, historia, política o derecho) que tuvo el propósito de transformar la sociedad corrupta e ignorante de su época en otra industrial y docta.

Asimismo, Cervantes fue presentado no solo con un propósito regenerador de la literatura. Frente a la corriente literaria del naturalismo, muy popular en España durante el último cuarto del siglo XIX, que se caracterizaba por su lenguaje ofensivo, obscuro y grosero, su carácter revolucionario y sus escenas de asesinatos, prostitución y blasfemias, Cervantes se erigía en un ejemplo de moralidad, lenguaje elegante, hidalguía, castidad y corrección que podría servir como modelo para vivificar y sacar a la sociedad española de la crisis moral en la que se encontraba sumida.

Pese a su corta existencia, la Academia cobijó a una destacada generación de publicistas alaveses que, en la década de los sesenta y setenta, alcanzó la plenitud de sus obras y participó en las principales asociaciones culturales vitorianas compartiendo espacio con unas clases medias dotadas de inquietudes intelectuales.

El espaldarazo cultural que dieron estas asociaciones es importante pero no podemos obviar su carácter privado y su función, más oculta, como instrumento de diferenciación social. De este modo, se conformó un tejido asociativo privado donde participaron unas clases sociales acomodadas que se reunieron en corporaciones privadas e impermeables a las clases más populares lo que hacía gala al carácter clasista de Vitoria, una ciudad desencantada sin perspectivas de futuro a comienzos del s. XX.

Final. Despedida. Agradecimiento a los asistentes y a la organización.